LA SIGNIFICACIÓN POLÍTICA Y MILITAR DEL IDEAL CABALLERESCO. "TIRANTE EL BLANCO" (JOANOT MARTORELL)

Mª DOLORES MADRID GUTIÉRREZ

Universidad Complutense de Madrid

La ideología de la Edad Media está impregnada en todas sus partes por creencias religiosas. De un modo análogo está embebida del ideal caballeresco la ideología de aquel grupo que vive en la esfera de la corte y de la nobleza, expresa Huizinga, en *El otoño de la Edad Media.* Las mismas creencias religiosas son puestas al servicio de este ideal. Tirante, en el capítulo 108; II, 54, dice: "… así, por permisión divina, yo vine aquí con firme fe y con pensamiento determinado para socorrer e ayudar a vuestra reverenda señoría y a toda la religión…".

Ahora bien, las altas esperanzas puestas en el cumplimiento de los deberes de la nobleza ¿conducen a la concepción de ideas políticas exactas acerca de lo que compete a ésta? Ciertamente conducen a la idea de una aspiración a la paz universal, fundada en la concordia de los reyes, la conquista de Jerusalén y la expulsión de los turcos de Europa. Martorell en el *Tirante* sobre este concepto (cap. 32; I, 103) dice:

> Faltando en el mundo caridad, lealtad y verdad, se apoderó en él mala voluntad, injuria y falsedad, y por esto fue gran herror entre el pueblo y Dios y gran confusión. Porque Dios ha de ser amado, conocido y honrado, servido y temido en el mundo. En el principio fue poco estimada la justicia, por falta de caridad, por lo cual fue cosa conveniente y necesaria que la justicia fuesse tornada en su honra y prosperidad. Y por esta causa, de todo el pueblo fueron escogidos millares, y de cada millar fue elegido un hombre, el más agradable y de mejor razonamiento, y más sabio y más leal y más esforzado y de más noble coraçón y de más virtudes y buenas costumbres que todos los otros.

En el capítulo 34; I, 109: "Cómo el embaxador del Papa amenazó al capitán del gran turco de Costantinopla", relata los siguientes hechos: "Yo soy del Imperio de Roma, embaxador del Santo Padre, y soy venido a te castigar, que eres disipador de la christiandad, con esta espada desnuda que tengo en la mano, que es muy cruel, y daré la muerte a todos aquellos que quisieren destruyr la casa de Dios" (cap. 34; I, 109).

En cuanto se hubiese concluido la paz, debería prepararse la cruzada, poner término a todas las disputas y contiendas y reformar la tiránica administración de los dominios. Un concilio ecuménico debe excitar a los príncipes de la cristiandad a marchar a la guerra, en el caso de que no bastare la predicación, para convertir a los tártaros, turcos, judíos y sarracenos.

Había una gran aspiración política indisolublemente ligada al ideal caballeresco: la cruzada; la liberación de Jerusalén no podía ser otra cosa que una santa y noble empresa de caballería. Pero en este espíritu de paz y de cruzada, soterradamente había solemnes negocios de Estado:

> Y tómase en esto exemplo de aquel tan famoso cavallero, que supo alcançar mucha honra en este mundo y gloria en el otro, el nombre del qual era Quinto Superior, que fue embiado embaxador del Papa al emperador de Constantinopla… Vió que la cibdad estaba muy sojuzgada por los turcos y supo como hazían establos para sus cavallos en la Iglesia mayor de la ciudad; y con poca gente fue a hazer reverencia al Emperador, y díxole estas palabras: "Señor, ¿cómo puede vuestra majestad consentir que aquestos turcos, gente de poca estima, ayan de destruyr tan singular iglesia como ésta, que en todo el universo mundo no la ay tal?... "Cavallero", dixo el Emperador, "ruegos por vuestra gentileza que no queráys hazer alguna novedad, porque si lo hazéys, luego seré echado de todo el señorío del Imperio, que más quiero estar en esta sobjucción con todos los míos que no ser del todo desposeýdo" (cap. 33; I, 106-107).

Como ideal de una vida bella tiene el ideal caballeresco un carácter muy peculiar. Por su esencia es un ideal estético, hecho de fantasía y sentimentalidad elevada. Pero quiere ser un ideal moral, y el pensamiento medieval sólo podía concederle un puesto noble poniéndolo como ideal de vida en relación con la piedad y la virtud. Pero en esta función ética fracasa siempre la caballería que es arrastrada hacia abajo por su origen pecaminoso. Pues el núcleo del ideal sigue siendo la soberbia embellecida. Chastellain ha comprendido esto perfectamente, cuando dice: "La gloria de los príncipes consiste en el orgullo y en correr grandes peligros" cito por (Huizinga). También Martorell cuando en el *Tirante,* dice sobre el príncipe que "sea conservador y amador de su fama propia, y más de su honra" (cap. 143; II, 266).

Tirante es, en terminología moderna, un experto militar, y es en este aspecto en el que se va a centrar mi comunicación, como parte de una investigación más exhaustiva sobre esta novela de Joanot Martorell. Hay en el *Tirante* largas descripciones de batallas singulares: hábiles ardides, recursos ingeniosos y argucia estratagema; ingenios de guerra descritos con un admirable detallismo. Y este sentido

de lo militar, tal como se entendía y practicaba en la segunda mitad del siglo XV, es lo que distingue totalmente el *Tirante* de los llamados libros de caballerías. Cervantes dijo de él, en el capítulo del escrutinio de la librería de don Quijote que "es una mina de pasatiempos y tesoro de contentos" (cap. 6). También presenta muchas más características que lo separan de los libros de caballerías. Los hechos que se narran aquí no transcurren en tiempos lejanos sino rigurosamente contemporáneos, y Martorell tiene vivo empeño en acusar este aspecto al dar a tantos personajes de la acción nombres de personas que vivían en su época. La proximidad en el tiempo y la ausencia de exotismo deliberado contribuyen a dar al *Tirante* ese carácter de verosimilitud. Sus episodios principales transcurren en Inglaterra, Sicilia, Grecia y el Norte de África.

Tirante sufre desmayos y tiene enfermedades, y a menudo a de guardar cama, sobre todo cuando se rompe la pierna en momentos decisivos en que tendría que ponerse al frente de los ejércitos imperiales. Es, pues, un hombre valentísimo y experimentado en el ejercicio de las armas. El propio Tirante dice que "En las guerras más vale ardid que fuerça" (cap. 23; I, 73). Y más adelante, leemos esta descripción de Tirante (cap.73; I, 235):

> …Tirante ha avido grandes venturas porque es muy diestro en las armas y más tiene ingenio que fuerça, y la mayor virtud que tiene es que le dura mucho el aliento, que si se combate desde la mañana hasta la noche y está siempre armado, jamás se pierde por falta de aliento.

En los rasgos humorísticos de *Tirante* hay una deliberada ironía, no exenta de una cierta burla y sarcasmo. Pero Martorell nunca ironiza en lo que se refiere a la caballería ni al arte militar. Obsérvese que desde las primeras páginas del libro, en el Prólogo, nos advierte de la dignidad de la orden militar: "Antiguamente la orden de cavallería era tenida en tanta reverencia que no era coronado ni onrado de cavallería sino el fuerte, esforzado, animoso, prudente y muy esperimentado en el ejercicio de las armas. Fuerça corporal y ardimiento han de estar juntos con cordura (…) La sabiduría y astucia de los cavalleros ha sido bastante para aterrar y quebrantar las fuerças de los enemigos". Para la cristiandad de los siglos XIV y XV existía una cuestión de Oriente de la mayor urgencia: la defensa contra los turcos. En momentos de gran pujanza de la burguesía, sobre todo en su Valencia, Joanot Martorell defiende lo poco que queda de la caballería al actuar personalmente con el viejo fuero caballeresco y al escribir una novela en la que su nota dominante, como indicó (Mª Rosa Lida de Malkiel:1952), es la exaltación del carácter religioso de la empresa en que se ha embarcado el héroe y de la recompensa que le espera,

que es la bienaventuranza, y no la fama. Tirante muere como un caballero cristiano, después de dirigir una plegaria conmovedora al Corpus Domini. Y que por su valor y por su talento de estratega, sentía un total desprecio por los juristas, de las que dan testimonio las cartas de batalla. En este sentido son remarcables algunas de las observaciones desafiantes entre Martorell y Monpalau, y que el *Tirante* hará eco de ellas, más de una vez: "Yo quisiera llegar prestamente a la batalla, y vos, con dilaciones de cartas, quisierais que nunca llegara a su fin, y yo no me quiero equiparar a vos en cartas y palabras deshonestas, porque no es hecho que corresponda a caballeros ni a gentileshombres, sino a mujeres y juristas, quienes en la pluma y en la lengua tienen toda su defensa". Martín de Riquer, en la introducción de *Tirante,* dice sobre estos asuntos que "Martorell y Monpalau se ofenden mutuamente cuando se tildan de juristas y cuando reiteran que la pluma es arma de mujeres y de abogados, impropia de caballeros"; y añade: "Estos dos caballeros valencianos se insultan mutuamente al poner de relieve el virtuosismo estilístico o el saber escolástico del otro; y no olvidemos que el uno es un gran escritor, a quien gusta exhibir erudición cuando redacta una novela, y el otro, Monpalau, se revela en este epistolario hombre agudo e inteligente" (Martín de Riquer, 1974: XIV-XV).

Roger de Flor es el modelo ideal de Tirante, alejado más de siglo y medio. Pero en el momento en que vivió Martorell, cuando se dan los últimos esfuerzos de Occidente para salvar a Bizancio, cuando se establece íntima relación con soberanos y caudillos cristianos de los Balcanes y de orillas de Danubio y se acrecienta la acción en Oriente de Génova, Venecia, temerosos de perder tan ricas relaciones mercantiles, en este tiempo, se había prescindido del ideal de la cruzada y se había convertido más bien en un reclamo político. Martín de Riquer, apasionado estudioso de la obra tras su lectura de *El Quijote* dice de *Tirante el Blanco* que "es un camino en el realismo vitalista que llevó a la obra de Cervantes".

La realidad obliga de todos los modos posibles a los espíritus a negar el ideal caballeresco. La estrategia había acabado hacía largo tiempo con los combates en forma de torneo. La guerra de los siglos XIV y XV trabajaba con emboscadas y sorpresas; era una guerra de incursiones y asaltos de bandidos. Los ingleses habían introducido la costumbre de que los caballeros desmontasen antes de la batalla y los franceses la imitaron. La lucha por mar es pavorosa, pues allí no se puede escapar ni huir. La diferencia entre la batalla de mar y la batalla de tierra se aprecia en el capítulo 164; III, 7, "El consejo que los marineros dieron a Tirante":

> -Sabida cosa es, señor capitán, que los turcos vienen con XXIII naos gruesas de jenoveses, y de cada cabeça que passan an dos ducados y medio de nólite, y de los

cavallos han tres. Y por no perder este salario se dexarán todos hazer pieças antes que dexarse prender; e traen tanta gente que la meytad de la christiandad abríe de venir para la poder vencer y sojuzgar. Nosotros tenemos XII naos y tres galeas, y ellos traen XXIII naos, las mejores de Génova, e quatro galeones y dos saetías. Es nuestro parecer y consejo que no deys con la cabeça a las paredes, que éstas no son las batallas de tierra, que no se deben comparar con las de la mar: que después que las naos son aferradas no ay lugar para huyr.

Cada batalla de *Tirante* es distinta, o bien en las condiciones del armamento defensivo y ofensivo, o porque se dan a pie o a caballo, o porque en su decurso se asestan golpes, o se recurre a hábiles ardides. Joanot Martorell, que sabía combatir a pie y a caballo, narra estas escenas como un perfecto conocedor de sus mínimos detalles. En el capítulo "Como Tirante venció el quarto cavallero", vemos un combate a pie:

> …Y el cavallero traýa el arnés de piernas de papel engrudado cubierto de hoja de plata, que propiamente parecía arnés de piernas, y detrás trýa cuero de buey clavado con el peto, y andava muy ligero y tenía gran ventaja. Con la fuerça que tenían los dos cavalleros se tornaron a levantar otra vez y hazer armas, mas estavan muy embarazados el uno y el otro que no se podían dar tantos golpes a causa de los capacetes que tenían desatados, que les quitavan la vista, mas el cavallero se apretó tanto con Tirante que le hizo caer en tierra […]. El cavallero, que estava en tierra, sintió que Tirante le tenía las rodillas en derecho de los pechos, y volvió todo el cuerpo, y el arnés de Tirante topó con el arnés del otro de tal manera que Tirante no se pudo tener y cayó de la otra parte; cada uno travajó por se levantar primero. La suerte y la fortuna quiso ayudar a Tirante, que, como el capacete se le avía caído, hallóse muy más ligero que el otro y levantóse más presto, y aquello le valió (cap. 73; I, 233-235).

Hay que advertir la argucia ilegal del adversario de Tirante. En vez de llevar arnés de piernas (quijotes, rodilleras y canilleras) metálico, lo lleva de cartón forrado de papel de estaño, que aparenta ser de hierro o de acero, pero le da gran ligereza. Puntualiza Martín de Riquer que "en los combates a pie el peso del arnés de piernas (que pesaba entre cuatro a seis kilos) fatigaba mucho a los luchadores" (véase Riquer, *Arnés,* pág. 98).

En la estratagema que hace que "nueve naos y dos galeras" parezcan una escuadra de setenta y cuatro bajales de guerra, es muy significativa:

Como los jenoveses vieron doce naos gruesas, fueron maravillados dónde avían salido. Después salieron todas las otras fustas y barcos de las naos, y las de los pescadores; y los barcos que no tenían árbol alçavan un baral largo y atávanle fuerte, y encima del varal ponían una candela en una linterna o como mejor podían. La nao del capitán alçó primero una alimara de lumbre en la popa porque assí estava conceertado; y después todas las otras, assí grandes como chicos, hizieron lo que el capitán les avié mandado. Como todas las lumbres se mostraron, fueron LXXIII. Como los turcos vieron tantas lumbres pensaron que todas fuesen naos gruesas, y dixeron entre sí:

-Nosotros somos ciertos que la armada del maestre de Rodas es venida aquí, y la del rey de Sicilia; y ellos, que tienen muchas, abrán embiado a Benecia y sabiendo nueva de nosotros, han hecho esta gran armada, y vienen a nos prender (cap. 164; III, 12).

Este ardid del marinero es un ejemplo de minuciosa y perfecta descripción:

Y el marinero metyó la cuerda por el aldava y tomó el principio de la cuerda y tonósele a atar, y metiese debaxo del agua y tornóse a la barca, y tomó el un cabote la cuerda y atóle con el otro cabo de la maroma, y hízola bien ensebar, y truxiéronle un gran pedaço de sebo para ensebar, y ell aldava porque corriesse mejor y no hiziese tanto ruydo. Y dexó mandado que quando llegasen al cabo de la maroma, que tomasen un hilo de hierro y que le atravessassen por medio de la maroma, porque cuando juntase con la sortija y no pudiesse passar conociese que ellos avían ya suelto toda la maroma hasta el cabo… (cap. 106; II, 43).

Muchos de estos ardides bélicos no siempre proceden del ingenio de Tirante ni es él quien los pone en práctica, sino que se deben a sencillos marineros, soldados y hasta cautivos, a los que Tirante escucha y respeta, como almirante, en las batallas de mar; o como general, cuando combate en tierra, según hemos visto en este pasaje. Aunque muchos de estos recursos se encuentran en los *Estrategemata* de Julio Frontino o en el *Dotzé* del Chrestiá de Francesc Eiximenis, la inserción de este elemento en la novela le da un matiz militar moderno.

Entre otros ejemplos, podemos señalar en el *Tirante* el ardid de los abrojos o espinacas: El ardid bélico consistente en derramar por el suelo piezas metálicas en forma de estrellas, con púas en los ángulos, de modo que una de ellas quede siempre hacia arriba y dañe y entorpezca el paso del enemigo. Dice el texto:

Luego hizo traer la lavor de las espinacas al portillo y sembrároslas por tierra a fin que, quando los moros pasasen, se las hincasen en los pies, e así fue fecho.

-A lo que dice Tirante:

-Ruegos que no desmayéys, y demos la buelta haziendo que hymos. E los moros, quando nos vieren huyr, arremeterán con la mucha priesa.

E así lo hizieron. E como los moros les vieron huyr, arremetieron con mucha furia, y entraron por aquel portillo, que por otra parte no podían passar; e hincávanse aquellos abrojos de cobre por las suelas de los pies (cap. 24; I, 76).

La retirada estratégica de Tirante, es una espectacular descripción de batallas medievales, con el perfecto movimiento envolvente de su caballería, reproduzco este breve fragmento que describe su victoria: "Tirante… alçó la vandera que llevava en la mano, y todos se detuvieron; y cada escuadra se apartó por sí alexándose la una de la otra hasta un tiro de piedra" (véase el cap. 157; II, 353 y 355).

El propósito de Joanot Martorell, en esta novela de trasfondo histórico, es ofrecernos la biografía de un caballero imaginario, a pesar de desarrollarse en un tiempo y personajes contemporáneos, que por su valor y por su talento de estratega, va a liberar al Imperio griego del poder de los turcos, ha de tener una formación y un aprendizaje caballeresco (véase la primera parte de la novela y los episodios ingleses), la cultura moderna, que entonces empezaba a desplegarse, obliga pronto a la antigua forma de la vida a renunciar a las aspiraciones demasiado altas.

CONCLUSIONES

Se puede afirmar que *Tirante el Blanco* es una novela caballeresca. El *Amadís de Gaula* castellano y el *Tirant lo Blanch* catalán son dos obras totalmente distintas en concepción, ambiente, realidad e intención. Como toda obra de su época, como corrobora Martín de Riquer, que ha estudiado esta novela en profundidad, el *Tirante el Blanco* tiene sus fuentes literarias, que van desde el descarado plagio al pie de la letra (como los fragmentos de *Lo Somni* de Bernat Metge intercalados en el capítulo 309, o la leyenda del dragón de la isla de Cos, que de sir John Mandeville pasa a nuestra novela en el capítulo 410) hasta el aprovechamiento de la trama de otra narración para la construcción de un episodio (como el naufragio de Plazer de mi Vida, capítulos 299, 304 y 350, con elementos tomados del *Decamerón,* II, 4); entre otras más; y añade: "pero la verdadera "fuente" de Joanot Martorell no es literaria, sino vital". Martorell ha escrito una novela con trasfondo histórico, haciendo un retrato de la realidad de su tiempo, como es, la caballería de la segunda mitad del siglo XV.

El texto original de *Tirant lo Blanch* se imprimió en Valencia el 20 de noviembre de 1490 (edición príncipe), por el impresor alemán Nicolás Spindeler, de la que se conservan tres ejemplares; y en 1497 el librero de Barcelona Pere Miguel emprendió una nueva edición; y más tarde se hizo cargo de ella el impresor castellano Diego de Gumiel, quien publicó en Valladolid, en 1511, la versión castellana, *Tirante el Blanco,* dividida en cinco libros, y reeditada por Martín de Riquer, 1974, sin que figure el nombre del traductor, o traductores. Igualmente, en ningún lugar del impreso de 1511, ni en la portada ni en el colofón, se hace constar que el autor de la novela es Joanot Martorell ni se menciona al continuador Martí Joan de Galba. Para los lectores castellanos, pues, el *Tirante el Blanco* apareció como una novela anónima, y como tal la debió de tener Cervantes. Y, lo que es más grave, tampoco se hace constar en ningún lugar que es una traducción de otra lengua, ha observado Martín de Riquer, en esta edición crítica que manejamos, sobre la traducción castellana de la novela, uno de los más reputados medievalistas.

La novela *Tirant lo Blanch* fue escrita en catalán. Puntualiza Menéndez y Pelayo, en *Orígenes de la novela,* en la que alaba esta obra de Martorell, afirmando que "está escrita en su nativa lengua (que tratándose de aquel tiempo debe llamarse sin ambages catalana").

Esta novela ha sido objeto de estudio por prestigiosos medievalistas y estudiosos de la literatura y de la semiótica. Es una obra sumamente atractiva para el lector, que se encuentra con una narración divertida, en la que los elementos históricos y fantásticos se entremezclan, no exenta de sensualidad y de un deliberado erotismo, el cura, en la obra cervantina de *El Quijote,* dice textualmente refiriéndose al libro de Joanot Martorell: "Por su estilo es este el mejor libro del mundo".

BIBLIOGRAFÍA

Corominas, J., *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana,* Madrid, Editorial Gredos, cuatro tomos, 1954.

Huizinga, Johan, *El otono de la Edad Media.* Alianza Universidad, Madrid, Ed. Cast.: Alianza Editorial, S. A., 1985.

Lida de Malkiel, María Rosa, *La idea de la fama en la Edad Media castellana,* Mejico-Buenos Aires, 1952.

Martorell, Joanot, *Tirante el Blanco,* versión castellana, impresa en Valladolid en 1511 de la obra de Joanot Martorell y Martí Joan de Galba. Edición, Introducción y notas de Martín de Riquer, Madrid, Espasa-Calpe S. A., (Col. Clásicos Castellanos.188), 1974.

Menéndez y Pelayo, M., *Orígenes de la novela,* I, Madrid, ("Edición Nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo"), 1943, págs. 392-403).

Riquer, Martín de, y Comas, A., *Historia de la literatura catalana,* vol. 2, Ariel, 1965, págs. 575-719.

------- y VARGAS LLOSA, Mario, *El combate imaginario: las cartas de batalla de Joanot Martorell,* Barcelona, "Breve biblioteca de respuesta", 1972.

------- *L'arnés del cavaller, armes i armadures catalanes medievals,* Barcelona-Esplugues de Llobregat, 1968, pág. 98.